

René Avilés Fabila, in memoriam

El irónico fabulador

Mario Saavedra

A nuestras queridas Rosario e Iris

Un día, la dueña, que aún no lograba explicarse su actitud, lo tomó entre sus brazos, como acariciándolo. Y ni el mismo pato pudo darse cuenta cuándo le cortaron el cuello. Exánime fue conducido a la cocina.

RENÉ AVILÉS FABILA

La creación artística se ha debatido desde siempre, y conforme nuestra condición humana, entre dos fuerzas antagónicas y a la vez complementarias: Eros y Thanatos. Constantes también de toda nuestra tradición literaria de Occidente, amor y muerte constituyen los temas perpetuos del que ha sido el más fiel de los espejos de la existencia del ser humano. Como escribiera el alemán Walter Muschg en su trascendental *Historia trágica de la Literatura*: “amor y muerte forman el vórtice sobre el cual se apuntala toda nuestra herencia literaria, legado que ha tenido en estas dos fuerzas la base y el por qué de su existencia”.

Y si estos han sido los pivotes fundamentales y más visibles sobre los cuales se sostiene el andamiaje literario, y por lo mismo la base del llamado arte literario clásico, en ellos descansa de igual modo la prolífica y polifónica obra de René Avilés Fabila (Ciudad de México, 1940-2016), empezando por su complejo narrativo. Escritor siempre propositivo que por otra parte nadó a contracorriente con respecto al más bien “lacrimoso y flagelante” panorama de la literatura mexicana, definido por Xavier Villaurrutia como “predominantemente melancólico y de hora crepuscular” en su medular *Introducción a la poesía mexicana*, caben de igual modo en la obra de este escritor tan incendiario como entrañable, el humor desenfadado y la ironía feroz, la observación meticulosa y la imaginación desbordada...

Analista valiente y lúcido de la vida política mexicana, de la que se hizo uno de sus más enconados críticos,

talante por el cual se ganó innumerables enemistades pero también el incondicional respeto de quienes son capaces de apreciar tales severidad e intuición, Avilés Fabila fue ante todo leal a sus convicciones. Cuentista y novelista de sorprendente imaginación, y escritor de innegables recursos estilísticos, la transparencia y la gracia de su escritura son las virtudes cimbras de quien por razones extraliterarias ha estado muchas veces excluido del Parnaso de nuestras letras, como tantos otros valiosos escritores mexicanos que igualmente han sido víctimas de un canibalismo y un ninguneo que por desgracia permean nuestra corrosiva condición. Protagonista de nuestros quehaceres literario y cultural, la obra de René Avilés Fabila fue ganando terreno con el tiempo, y cada nuevo libro suyo resultaba prueba fehaciente de ello; escritor y periodista de tiempo completo por vocación y por convicción, y autor de una obra tan nutrida como multilateral, de obligada lectura resultan los ya clásicos de nuestro acervo contemporáneo novelístico *El gran solitario de Palacio* (1971), *Tantadel* (1975), *La canción de Odette* (1982) o *Réquiem por un suicida* (1993).

Siempre me han sorprendido la destreza y el desparpajo con los que el autor del *Hacia el fin del mundo* (su primer libro de cuentos, de 1969) transitaba de un género a otro, del estadio realista al fantástico, de la veta amorosa a la humorística. Fiel a una línea personal desde sus inicios, trabajó la vertiente fantástica como pocos (heredero directo, en este sentido, de Marcel Schwob, Jorge Luis Borges y Juan José Arreola), por lo que el corpus total de su obra constituye un auténtico hito en el curso de la literatura mexicana de las más recientes cinco décadas. Como él era un inteligente y muy agudo lector, suelen aparecer en sus textos las más justas y reveladoras citas, a manera de respetuosos e invaluable homenajes a sus escritores de cabecera; universo policromático, su literatura oscila entre la imagen inespe-

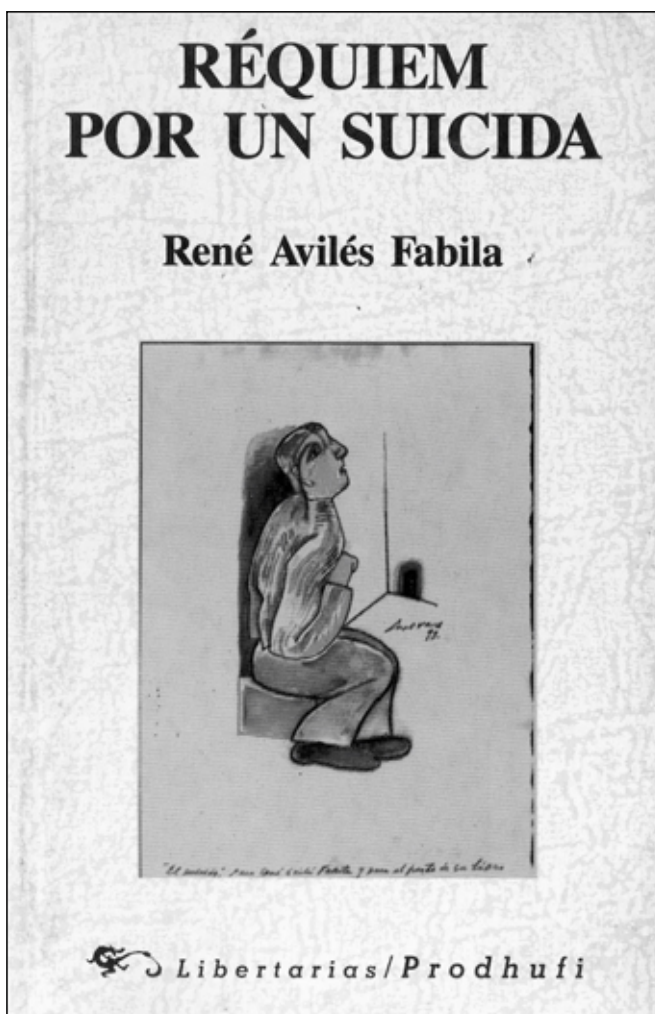
rada y el sarcasmo corrosivo, entre el ingenio fabulador y la picardía devastadora, entre el hallazgo estilístico y la revelación inédita.

Casi contraviniendo las leyes del manual del género contextualizado por el búlgaro Tzvetan Todorov, René Avilés Fabila fue capaz de escalar con la habilidad propia del alpinista soñador aquel difuso sendero en el cual llegan a coincidir con frecuencia elementos fantásticos con otros fabulescos, porque en su particular caso la ambivalencia del ser/no ser posible convive extraordinariamente con una tesis que el narrador consigue sostener con la notable habilidad propia del ensayista perspicaz. En este sentido quizá sólo podamos rastrear el antecedente siempre vigoroso del más ilusionista Voltaire, conforme en ambos casos el talento fabulador armoniza con la inteligencia meridiana, la mágica prestidigitación con el olfato sabueso del disertador. Más allá de que muchas de estas pequeñas historias (en su mayoría de su tan personal como multifacético confabulario) se ubican en esa línea casi imperceptible que el autor de *Introducción a la literatura fantástica* ubica en la región de lo existente/inexistente, de aquello que Alejo Carpentier definió como más cercano al terreno de la fe cuando construyó su personal nomenclatura de “lo maravilloso” como prólogo a *El reino de este mundo*, el creador del igualmente ya clásico del género *Los animales prodigiosos* o *De sirenas a sirenas* (Premio Colima 1997, en sus varias ediciones, la primera de 1989, ilustrado por el talento de José Luis Cuevas, como otros de sus varios libros) logra esquivar con maestría las imposibilidades de un género que suponíamos químicamente puro y entonces imprimirle un sello personal de identidad. En este sentido, René Avilés Fabila logró abordar con acierto una vertiente literaria prácticamente patentada por sus más notables exponentes, dentro de una tradición nacional que ha sido jalada sobre todo por las leyes de la veracidad realista, y donde por lo mismo nombres como los de Arreola, Tito Monterroso (aunque guatemalteco, mexicano por elección propia) y el propio Avilés Fabila tienen una presencia protagónica.

Sus mejores y ya antológicos textos fantásticos se definen por mostrarnos un amplio y multiforme abanico de emociones y sensaciones que si bien atesoran los recursos más sabidos del género, a decir, la metamorfosis imperceptible, la sorpresa, la ilusión óptica, el *in crescendo* de intensidad anímica, la seducción del lector sin que este se dé cuenta, de igual modo deja campo abierto e induce a la conmiseración, o al repudio, o a la condena, o incluso al autorreconocimiento de lo que en nuestra condición de mortales imperfectos adolecemos ya sea por vanidad, o por ambición, o por ciego homocentrismo, o por ignorancia, o por estulticia, porque en su condición de humanista crítico no podía permanecer impávido ante la estulticia de una existencia miope y sorda.

En los más de los casos se deduce entonces, como lo supo intuir el mismo Borges, que “la zoología de la fantasía jamás ha podido superar a la realidad”, y que sólo es nuestra incapacidad de percepción y de sorpresa lo que no nos permite reconocer aquello que el genio de Kafka intuyó inmerso en nuestra esencia, pues su presencia súbita altera la condición de ser el humano un “bastante predecible animal de costumbres”.

En ese continuo pendular de las ambivalencias, de los citados Eros y Thanatos que Muschg reconoció para explicar la esencia del ser humano y cuanto este es capaz de crear y de destruir, buena parte de los relatos fantásticos de René (e incluso de aquellos donde predomina el eterno tema del amor y el desamor, como sus ya citados clásicos *La canción de Odette* y *Tantadel*, o su más reciente y desgarradora *El amor intangible* en derredor de las paradójicas relaciones a través de la cibernética) apuntan hacia esta confusa dualidad que nos identifica, porque en un mismo ente suelen coincidir la bondad y la maldad, lo que nos vincula a la vida pero también a la muerte, la belleza y la fealdad, el día y la noche, lo que los románticos tan proclives a lo fantástico (el Victor Hugo de *Cromwell* o el Bécquer apocalíptico de su leyenda “La creación”, por ejemplo) llamaron “lo sublime y lo grotesco” contenidos en un mismo y único ser. Humanista irredento, esa condición contradictoria que se agol-



pa en el ser humano figura en prácticamente toda su obra, en cuanto le preocupaba esto que llamamos mundo y vida... Gaston Bachelard supo definir muy bien esta ambivalencia presente desde el mito de Prometeo, quien robó el fuego a los dioses para dárselo —como símbolo de sabiduría— a los hombres libres, y con ello se condenó él mismo a la eterna y ciega esclavitud.

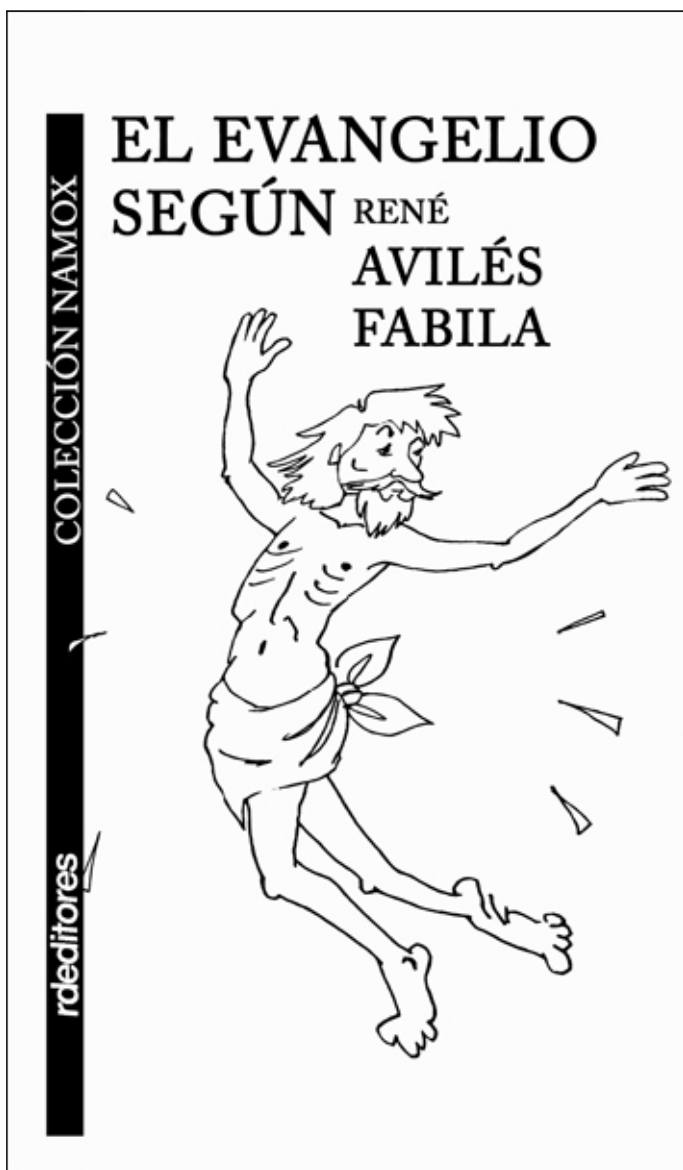
Otro rasgo diferenciador en la zoología fantástica de René Avilés Fabila, en su peculiar confabulario de casi una veintena de títulos, es que no se limita a la inventiva grecorromana, en cuanto introduce toda una amplia gama de mitos, leyendas, historias y personajes propios de las culturas amerindias, sobre todo de la náhuatl y la maya que dejaron atónitos —cuando no literalmente enloquecidos— a tantos ortodoxos europeos que en su transitar a tientas por un mundo todavía desconocido, con ingenuidad suponían haberlo agotado todo. Esta nueva veta de lo “existente inimaginable” fue lo que dio materia al mismo genio de Carpentier (escritor siempre caro a René, como Borges, por supuesto) para urdir su ya mencionado “realismo maravilloso”, en su particular caso adicionándose además el no menos sorprendente,

eclectico e inagotable imaginario africano en tierras americanas. Algunos de estos textos, como “El nagual obsesivo” contenido en el ya citado *Los animales prodigiosos* o *De sirenas a sirenas*, se incrustan precisamente en esta nueva veta de lo “real maravilloso”, porque si bien en él la metamorfosis resulta ser de nuevo el mecanismo dominante, como en el clásico de Franz Kafka, la transformación —es cierto, inesperada— aparece como recurso propio de una tradición heredada.

Y en lo que respecta al humorista irónico, contraviñendo también así una tradición local tan proclive a la solemnidad, reconozco un credo consciente homenaje de identidad con otros grandes humoristas de otras literaturas y de la nuestra, entre ellos, por qué no, con un maestro tan caro a los dos: el Rafael Solana cuentista, el de los relatos fantásticos, que también escribió muchos y desarrolló con no menor maestría. Así entonces, el humorista pícaro y desenfadado no puede dejarse de notar, y así lo reconocemos, cáustico, cuando se ocupa de personajes de carne y hueso, con peso histórico incluso algunos de ellos, y que en ambos casos la diestra mano de los narradores convierten en entes ya sea de la mitología clásica, y en el caso específico de René, de las amerindias y prehispánicas.

El humanista, el crítico incendiario, el humorista, todos conviven en este narrador que, ya sea a través de la novela o del cuento, con el talento fabulador y la inteligencia meridiana como vigías absolutos, se propuso en su obra polifónica recomponer un mundo en permanente descomposición, porque en la naturaleza del creador salta a la vista, a la vez airoso y derrotado, optimista y desesperanzado, quien al menos en el terreno marginal de la invención vuelve al orden y la armonía, lo que en esta realidad enloquecida de todos los días sólo es caos y miseria. A diferencia del crítico despiadado del festín político que en *Los juegos* (1967) o el ya mencionado *El gran solitario de Palacio* llama a las cosas por su nombre y no tenía empacho alguno en poner los puntos sobre la íes, el Avilés Fabila amoroso y fantástico se llega a mostrar en cambio prudente y hasta compasivo, porque sus entes de ficción son espejo categórico —incluso en muchos de sus relatos de naturaleza fantástica— de una humanidad oprimida bajo el peso inexorable de sus más angustiosas y angustiantes debilidades.

Académico ilustre (profesor emérito de la Universidad Autónoma Metropolitana) y promotor incansable que con “El Búho” dominical del periódico *Excelsior* por más de una década enriqueció el quehacer periodístico nacional (Premio Nacional de Periodismo en 1991 y por donde circuló la crema y nata de la creación y el pensamiento nacionales), René Avilés Fabila fue autor además de otros títulos en los cuales se constata que la autobiografía (*Memorias de un comunista* de 1991, *Recordanzas* de 1996, *Nuevas recordanzas* de 1999, *El libro de mi ma-*



dre de 2003) bien puede convertirse también en género de ficción, sobre todo cuando era abordado por un escritor de su talante y con materia sólida que compartir. Documentos de imprescindibles lectura y consulta, como su misceláneo *El escritor y sus problemas* de 1975 que bien sirve de homenaje al medular ensayo *El escritor y sus fantasmas* de Ernesto Sabato, o sus no menos aleccionadores *Material de lo inmediato* de 1995 y *La incómoda frontera entre el periodismo y la literatura* de 1999, en los cuales aborda con singulares maestría y conocimiento de causa la cercana y provechosa complicidad de dos quehaceres, el también autor de la *sui generis* y propositiva novela *El reino vencido* (2005) transitó siempre con solvencia entre estos dos espacios que en la voluntad de un enamorado generoso se comparten permanentemente: la condición de esposa y la de amante, es decir, la del escritor y la del periodista que asumió sin descanso por más de cincuenta años.

Creador talentoso y hábil, periodista con oficio y seriedad crítica, como académico sabio y querido, como amigo y ser humano entrañable y generoso, René Avilés Fabila alcanzó su plena madurez literaria con su ya mencionado *Réquiem por un suicida*, libro que a menos de un año de su lanzamiento en México en 1991, ya había tenido su tercera edición en España. Estupendamente escrita, esta demoledora novela da cabida y se sostiene precisamente sobre esas dos firmes constantes en la obra de este dotado y rebelde polígrafo, que decía lo son del arte todo: Eros y Thanatos. *Réquiem por un suicida* viene a ser una por demás sobrecogedora y elocuente reflexión sobre la existencia, un desgarrador viaje introspectivo de iniciación hacia la muerte de mano propia, de frente a aquel “estado de inconsciente/consciencia” que según Sartre y los demás existencialistas constituye el “único posible acto de libertad absoluta”, y que por su implacable peso específico con lo dicho y como se dice nos recuerda a los más despiadados narradores decimonónicos rusos. De frente a la muerte, en realidad se trata de un diálogo con la vida, con la maldita vida, con eso que irónicamente llama Fernando Vallejo (como los ya necesarios *El evangelio según Jesucristo* de José Saramago y *La puta de Babilonia* del propio Vallejo, René escribió su *Evangelio según René Avilés Fabila*) “el don de la vida...”.

Promotor incansable, la Fundación que lleva su nombre ha servido de ejemplo y semilla en una siembra cultural que en México casi siempre implica remar contra la corriente. Y de ella brotó el tristemente accidentado Museo del Escritor, con el que René logró exhibir una pequeña muestra de su rico y variado acervo personal (manuscritos, primeras ediciones de autor, autografiados, incunables, ediciones especiales) y objetos de algunos de los nombres más destacados de nuestro quehacer literario, y de algunos otros estelares de las letras hispa-



René Avilés Fabila

noamericanas y universal, el primer paso firme en la construcción de un museo que por su naturaleza era único en esta ciudad, en el país y hasta en el mundo.

Amigo, maestro, padre, hermano, cómo olvidar tu generosidad sin límites, tu don de gente de primera que estaba en todo y no olvidaba nada, recíproco y detallista, inteligente y ecuánime consejero, incansable solidario de las causas justas, en quienes de verdad te quisimos y te admiramos nos has dejado un inevitable sentimiento de orfandad que sólo se irá curando con tu ejemplo y con la voluntad de mantener viva tu valiosa obra. ¡Cómo olvidar cuando nos extendiste, a Susana y a mí, tu generosa mano en un momento muy difícil de nuestras vidas! Compartimos una eterna gratitud por la memoria de Rafael Solana, y en ambos casos corroboré que uno de los valores supremos es la gratitud. Y como don Rafael me heredó tu valiosa amistad, igual tú me has heredado los afectos invaluables de Rosario e Iris, tu compañera de viaje y tu hermana entrañable. Un no menos apasionado y desprendido promotor cultural, también fuiste un sibarita empedernido, que supo y logró vivir como quiso (que se fue invicto, como dijo tu sobrino Alfonso), y en esas lides de la gozancia igual fuiste un maestro con el que daba mucho gusto compartir el placer de la buena comida y el buen vino, de los viajes ilustradores, del disfrute de aquellos honrosos vestigios de la talentosa creación de esta condición humana nuestra más bien proclive a destrucción y el canibalismo.